

Del Goethe al Basmala: las pinturas recientes de Teresa Velázquez

Una vez más, la obra de la pintora Teresa Velázquez se presenta en el Museo de Arte Moderno de México, ahora con una exposición individual que nos permitirá evaluar el crecimiento y las nuevas búsquedas de esta talentosa artista, que en los últimos años obtuvo el premio de adquisición de la Bienal Tamayo y ha diversificado sus preocupaciones más allá de una estética afincada sólo en la abstracción. Su obra reciente llamará la atención de quienes han seguido su trayectoria artística, ya que se aleja, deliberadamente, de los planteamientos excesivamente teóricos que fundamentaban su trabajo de hace siete años, cuando a través del *Fausto* de Goethe, Teresa Velázquez intentaba recrear el drama contenido *versus* la reflexión analítica del color.

Lejana de los informalismos que caracterizaron a muchas pintoras con tendencias hacia la abstracción en los años ochenta, como Susana Sierra, Irma Palacios e Ilse Gradwohl, Teresa Velázquez se mantuvo como una artista disciplinada con la gestualidad, si por ello se entiende, que no fácilmente se permitía que el trazo cayera en efectos neoexpresionistas, matéricos o veladas intenciones de la figuración a través del color; intuía, muy bien, la inevitable trampa del efecto o el halago fácil. Evitó ser condescendiente con la crítica en su momento. Como discípula en el taller de Ignacio Salazar, debió observar muy bien los buenos resultados de la pintura, cuando esta es capaz de mantener el purismo de su oficio. Tras varios años de abrirse camino, logró exhibir en una muestra colectiva en el Museo de Arte Moderno en 1991. En esa ocasión, su trabajo la destacó sobre otros pintores más versados y con un camino ya bien andado.

Después de obtener una beca para Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, Teresa Velázquez se hizo acreedora de un reconocimiento en el

XV Encuentro Nacional de Arte Joven, organizado por el INBA y el gobierno del Estado de Aguascalientes; convocatoria artística que, lamentablemente, ya no se presenta en la ciudad de México. Durante los años noventa la pintura de Teresa Velázquez ganó en expresividad y multiplicó sus recursos visuales. En 1996 observé que su nueva obra dejaba de ser meramente un, “juego intelectual a sangre fría” y que asimismo había logrado poner distancia de sus mentores. No obstante, con mirada crítica, también advertí que los racionalismos extremos podían llevarla a uno de los sofismas de la buena pintura, es decir, de una immaculada presencia por su factura, pero estéril en cuanto a las emociones; precio, que me parece, muy comúnmente pagan los artistas, cuando ponderan en demasía los discursos de la razón. Consciente quizá de estos peligros, Teresa Velázquez dio un interesante viraje. En 1998 fue invitada a exponer varios lienzos, de buen tamaño, en el Museo de Arte de Mont-Saint-Hilaire en Québec. Eran obras cargadas de una increíble energía, llenas de luz y movimiento. ¿Acaso catársis de un viaje sin retorno? Nunca lo hemos platicado.

En el año 2000 tuvo la oportunidad de trabajar una beca en residencia en el Centro Banff de Canadá, gracias al apoyo del Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes, a través del FONCA. La experiencia fue un parteaguas, mucho más de lo que ella ha confesado. Regresó marcada por la naturaleza, por la presencia totalitaria e inmanente del paisaje sobre su condición humana; recuerdo como me compartió algunas de sus reflexiones, todas las cuales eran extrapictóricas y concluían en una profunda meditación. No obstante, prefirió orientar sus búsquedas formales tras el Fausto de Goethe, y me parece que la llevaron a un callejón sin salida. Parte de estos esfuerzos se exhibieron en la colectiva, 4^a2g, que organicé en el Museo de Arte Moderno en el año 2001. Velázquez exhibió su obra junto a Víctor Guadalajara, Franco Manterola y Fernando García Correa. Las pinturas tenían una sofisticada presencia, algunas demasiado sutiles en su capacidad para comunicarse con el espectador, otras más las encontré confusas y transitorias. Con todo, concluí que la artista debía someterse al análisis del público y los especialistas. Su pintura gustó, invariablemente, pero el gusto no era un indicador necesariamente positivo. Yo percibía una crisis. El último de los cuadros en exhibición, Así no es, inquietaba de sobre manera. Su presencia no se

comprendía, se apartaba de las otras obras; de hecho se convirtió en un problema museográfico por estar realizado a manera de un tríptico y la primera composición tenía forma de un pentágono. Pocos advirtieron que era el inicio para la solución de otros dilemas existenciales.

La pregunta obligada a Teresa Velázquez, como quizá pudiera hacerse a muchos otros creadores de su generación, es la siguiente: ¿Puede el artista sobrevivir, en cuerpo y alma, sólo de las palabras alentadoras que recibe por parte de los coleccionistas, quizá también por las buenas ventas, la aprobación de los curadores y de la crítica de arte; así como de los premios, distinciones, becas y apoyos gubernamentales? Y asimismo cuestionarle: ¿Qué sucede en el solitario proceso de crear de la nada, desde su interior? ¿Cómo se mantiene la fortaleza anímica? Ella me ha dicho que es muy sano tener al ego bien controlado, pero sus nuevas obras revelan otras respuestas. Teresa Velázquez ha abandonado la retórica de los discursos de Occidente y se ha encaminado por explorar las filosofías y formas del pensamiento del Oriente y el Islam. Se ha recogido, como quien se aleja en un retiro espiritual y regresa con una nueva energía. En momentos cuando parecía que la pintura estaba en crisis y que cedía su lugar a los medios alternativos, en ese periodo de la última década, es cuando en paralelo, Teresa Velázquez también se cuestiona los alcances de su oficio. Concluye, y me parece que la suya no es del modo alguno una conclusión solitaria, que el artista, el verdadero pintor, no puede estar sujeto a las convenciones del mercado y de los coleccionistas, que debe superar el condicionamiento de los críticos y de los curadores; más bien, el creador tiene que encontrar su propio camino, formular sus propios edictos, ser el primero convencido de lo que hace; lo demás quizá vendrá después. Por tanto, la respuesta a la primera pregunta es no. El artista no puede sobrevivir sólo de lo que digan los demás. Su trabajo es la proyección misma de su interior, de sus ideas, de su intelecto, de sus emociones y de su postura ante la vida y sobre la vida misma. Por supuesto que todo esto se puede hacer a un lado y convertirse en un exitoso vendedor de cuadros; sobran ejemplos.

Pero si en cambio corre riesgos, alienta sus propias búsquedas -aunque se equivoque-, cuestiona lo que hace y con ello, a sí mismo, las oportunidades creativas se

multiplican, se libera un potencial inadvertido y se cae en cuenta, que al final, el artista es la medida de su propia pintura. Las respuestas están en su interior y en su capacidad de explorar y liberar su capacidad creativa, en armonía o en conflicto con su entorno, con la realidad que le ha tocado vivir y cómo se confronta a ella. Esta premisa, ineludible en el fondo, es la que Teresa Velázquez explora con estas nuevas obras. Sus pinturas más recientes son, ante todo, respuestas a sus propias preguntas. Paradójicamente, son herméticas. Si bien nos pueden resultar luminosas e iniciáticas, propicias al trance de la reflexión, poco nos revelan de lo que sucede en el tránsito mental de los caminos que la artista ha decidido explorar en los últimos años. Algunas todavía son composiciones cálidas, casi todas atentas a ser observadas, indagadas en sus más mínimos detalles. En su factura, Teresa les ha otorgado una cualidad anímica, están hechas pulso a pulso, trazos a trazo, más como un dibujo, que como una pintura. Es sorprendente la cantidad de horas que le ha dedicado a cada lienzo. Algunas me resultan obsesivas en su conformación de la imagen.

Hay dos motivaciones en este nuevo conjunto de pinturas. La primera tiene dos vertientes. A Teresa Velázquez le preocupa el mundo de las ideas sobre la espiritualidad revelada, ignora hasta que punto exista una asunción religiosa de su parte, pero me es evidente que ha sido tocada por las filosofías de Oriente. Se ha dedicado, bajo el planteamiento de los arquetipos de símbolos del ser, a la negación de la figura y de la representación narrativa de la idea. Asume su pintura desde la contemplación, no sólo externa, sino además interna. Ya no es la ficción de lo formal lo que le interesa, es la profundidad de la experiencia que vive pintando y proyectando desde su interior. Se trata de un proceso de autoconocimiento. Su pintura no es la ilustración de emociones, sino por el contrario, una puerta para la exploración del universo. Por ello no resulta fácilmente descifrable. En el camino de la revelación, nunca hay respuestas inmediatas. *Basmala*, *Tawhid*, *Sattva* son las afluentes que nutren algunas de sus búsquedas. *Los 99 nombres*, *La puerta de infinitos prodigios*, *Las diez mil cosas* son los títulos que revelan las etapas espirituales que ha visitado, tanto del Islam como del lejano Oriente. A Teresa Velázquez, las respuestas también le han sido dadas desde su encuentro con la naturaleza, desde su observación detallada de

aquello que escapa a sus posibilidades objetuales desde la pintura: sea esto el cosmos, con su infinito abismal, o las huellas que deja marcada una efímera ola sobre la superficie de la arena; de un extremo al otro, las dos son visualmente inasibles; incapaces de ser representadas plenamente por la pintura o la fotografía. No obstante, la pintora asume el reto, se auxilia incluso de las nuevas tecnologías, se apoya en la digitalización, escanea las imágenes, las amplía, modifica y plasma. El resultado es el mismo: la pintura es un espacio para la reflexión interior, de lo que observa en el exterior. El trabajo del artista ya no es sólo un oficio, sino un ejercicio que conduce a la redención de los estados del alma.

Ante la sobrevaloración que han tenido los medios alternativos, Teresa Velázquez también se ha sentido inquieta sobre la receptividad de la pintura, y lo manifiesta particularmente en el formato de algunas de sus nuevas obras. Ha modificado los soportes, en ocasiones alterando en forma sutil la impresión que tenemos sobre la superficie pintada y en otras, la captación óptica de las imágenes. El resultado en algunas pinturas es de una audacia cromática, de fuertes contrastes de color, que provocan una vibración de la retina y sugieren el movimiento, envolvente, quizá cómo la dinámica que tendrían los cuasares de luz en el cosmos; estas piezas las encuentro lúdicas y visualmente fascinantes, proclives a una ulterior capacidad en la percepción del espacio, en tanto que logran alterar la relación tradicional que se da entre el espectador y la pintura, modificando los códigos de recepción de lo visual, entre lo tangible y lo intangible.

La apuesta de Teresa Velázquez corre el peligro de no ser comprendida. No obstante, su presencia nos obliga a detenernos y a reflexionar sobre el cometido de la pintura y el papel de los artistas en una sociedad, cada vez más marcada por el materialismo consumista, ajena a la condición social y espiritual en que viven millones de personas alrededor del mundo. La labor del Museo de Arte Moderno de México es convertirse en la estructura que los artistas requieren para mostrar sus propuestas. Esta vocación nos impulsa a recibir el nuevo planteamiento que nos ofrece Teresa Velázquez. Su reflexión me parece teóricamente válida y necesaria. Me hace pensar que la pintura no es necesariamente un ejercicio egoísta, siempre sujeta a la

aprobación de *marchands* y curadores de arte, sobre todo cuando algunos comparten la misma trinchera.

Luis-Martín Lozano
Director del Museo de Arte Moderno de México